

27—En busca de los tesoros celestiales

MATEO 6: 19-21 nos dice: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón».

Hermanos, este es un asunto de gran trascendencia para nosotros. ¿Quién es el que habla? Es Jesucristo. ¿Quién es él? El unigénito Hijo de Dios. ¿Quién es él? Es nuestro Salvador; aquel que dejó los atrios reales del cielo, dejó a un lado su elevada posición y revistió su divinidad con la humanidad. Él vino a nuestro mundo para que la humanidad [divinidad] pudiera tocar a la humanidad [sic], a fin de alcanzarnos con su brazo humano mientras su brazo divino se aferra del trono del Infinito.

Sermón presentado en una reunión campestre, Ashfield, Australia, el domingo 28 de octubre de 1894. Manuscrito 43a, 1894.

Riquezas eternas

Por amor a nosotros se hizo pobre, para que nosotros con su pobreza fuéramos enriquecidos. ¿Qué clases de riquezas? No eran las riquezas de este mundo, sino que eran las riquezas eternas, el conocimiento de Dios expresado a través de Jesucristo. El aceptó ser el sustituto y garante de todos nosotros; se comprometió a llevar el castigo de nuestra transgresión. Él nos amó, y nos amó tanto que ofreció su vida como sacrificio vivo para llevar los pecados de un mundo culpable, para que el ser humano tuviera una segunda oportunidad, a fin de que fuéramos examinados, probados y sometidos a juicio, para ver si habríamos de permanecer bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emanuel, o si escogeremos seguir bajo el estandarte del príncipe de las tinieblas.

¿Acaso él no está interesado en la posesión que adquirió? ¿No está intensamente interesado en que la gente por la cual sufrió tanto, obtenga el éxito en las batallas y conflictos de esta vida, para que obtengan esa herencia inmortal por la cual él ha dado su vida para redimir a la familia humana? ¿No tiene entonces derecho de dar advertencias e instrucciones? ¿Qué relevancia tendrán las palabras del Hijo del Dios infinito en la familia humana? Todo lo que él ha dicho es para nuestro bienestar presente y eterno.

«No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan». Ustedes están trabajando para ustedes mismos, cooperando con Dios, quien ha trazado el plan mediante el cual podrán obrar exitosamente mediante su gracia, para beneficio de ustedes mismos, para asegurarles el gozo eterno en el reino de gloria. «Haceos tesoros en el cielo,

donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”.

Comprados por precio

Cristo ha comprado nuestros corazones. Cristo ha adquirido la mente humana. Cristo ha comprado nuestras facultades mentales, y Cristo nos ha dado capacidades y talentos. No quiere que dejemos que esos dones y capacidades sean empleados en los asuntos comunes de la vida y que perdamos de vista lo eterno (ver 1 Cor. 6: 19, 20). Vino a nuestro mundo cuando Satanás parecía tener bajo su control a la raza humana.

El Señor Jesús creó nuestro mundo. Todo fue hecho por Cristo. Dios creó nuestro mundo por medio de Jesús, y garantizó antes de su fundación, que si el hombre violaba su ley en el Edén, Cristo llevaría el castigo de nuestra transgresión, y él lo hizo. ¿Por tanto, no tendrá él derecho a instruir a sus súbditos respecto a lo que deben hacer para que no pierdan la recompensa eterna?

Les pregunto, ¿quién, de esta congregación, entregará su mente, su cuerpo y su carne para obtener simples ventajas temporales? Cristo dio su vida para que no perezcamos. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”.

Nuestro precioso Salvador formó el mundo, y cuando vino a la tierra encontró al gran usurpador aquí. Vino al mundo para disputarle al diablo la posesión de este planeta. Por tanto, la batalla, el conflicto, se libró aquí mismo, en este mundo. Por eso nos dice que es para nuestro beneficio eterno que hagamos tesoros en los cielos. Se preguntarán ustedes, ¿cómo podremos lograrlo? En Cristo lo haremos. Cuando aquel padre de familia se marchó de su casa, entregó talentos a cada siervo: a unos cinco, a otros dos y a otro uno. Y les dio instrucciones para que emplearan dichos talentos en su servicio. A algunos les dio riquezas, a otros la capacidad, el intelecto: todos son dones de Dios. No podríamos tener ninguno de ellos, a menos que los recibamos por medio Jesucristo.

Èl nos dice que usemos dichos talentos para su gloria. Mejórenlos. ¿Cómo hemos de mejorarlos? Debido a que hemos recibido su valiosa Palabra, mejoraremos en la medida en que Dios nos va dando luz. La Biblia está repleta de tesoros ocultos. El Señor desea que la exploremos, que cavén el terreno y encontraremos los tesoros allí escondidos. Entonces lo venderemos todo para comprar el terreno que contiene el tesoro. Ahí están las joyas de verdad que han de ser buscadas como si fueran tesoros escondidos.

Conforme los van encontrando, ¿qué harán? Encontrarán que allí hay verdad, una preciosa verdad, joyas de verdad, riquezas de verdad y debemos aceptarlas. ¿Qué haremos? Nos unen dorados lazos al Dios eterno, porque Jesucristo vino para reconciliar al hombre finito con el Dios infinito, y a la tierra que había sido separada del cielo por el pecado y la transgresión. ¡Qué riquezas, qué tesoros,

qué amor son revelados! Es imposible, sí, es imposible entender el amor de Dios que ha sido vertido sobre la humanidad caída. Bien, él nos dice: «Hagan tesoros en el cielo». ¿Lo harán ustedes? «Ustedes son la luz del mundo», dice Jesús, la seremos al enriquecernos en tesoros celestiales, en el conocimiento del Dios verdadero. Hemos de escudriñarlo, escudriñar ese Libro, la Palabra de Dios, y luego tendremos que impartir a otros el conocimiento que hemos obtenido. Compartamos el don celestial.

Apreciar el don celestial

Alguien podría decir: «Oh, tengo que ocuparme de mi granja; tengo que atender los intereses de mi familia. No puedo darme el lujo de estar aquí, aportando mi tiempo y mi dinero con el fin de ganar almas para Jesucristo». Bien, eso demostraría que ustedes no valoran el Don celestial. Que no aprecian ni valoran las familias que Cristo ha estimado de tanto valor al punto de venir a nuestro mundo a sufrir y convertirse un varón de dolores experimentado en sufrimientos. Fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados.

¡Tan solo reflexionen en esto! Nadie podía soportar el impacto de la justicia de Dios, sino su único Hijo amado. Vino en la imagen misma de su Padre, siendo uno con Dios. No estimó ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse. El plan ya había sido diseñado. Ustedes no tienen que empeñar sus mentes y sus cuerpos para adquirir las cosas de esta vida, sin invertir en los tesoros del cielo. Él quiere todo lo que es del hombre. Desea todo el corazón.

El intérprete de la ley le preguntó a Cristo: «¿Qué haré para heredar la vida eterna?», mencionando la misma herencia que se le había prometido. Allí estaban los fariseos ceñudos, allí estaban los maestros, allí estaban los sacerdotes y los encumbrados dirigentes de la sinagoga. Todos esperaban encontrar algo en la respuesta que pudieran usar para condenar a Cristo, el Redentor del mundo, el poderoso Sanador, el más grande Maestro que el mundo jamás ha conocido. Cristo leyó sus pensamientos e intenciones, y ¿qué hizo? Le devolvió al intérprete de la ley la responsabilidad de contestar la pregunta. Dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Aquel, respondiendo, dijo: “Amarás al Señor tu Dios”». ¿Con nueve décimas partes de tu corazón? ¿Con dos terceras partes? ¿Con la mitad? ¿Con una cuarta parte? «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente” (Luc. 10: 25-27). Esto abarca la mente, la razón, la educación, la capacidad y todo lo que hay en el ser humano.

Pero tan pronto como algunos entran a la universidad y obtienen ciertos conocimientos, se creen que saben más que Dios, y ustedes oyen hablar a los grandes eruditos. ¿Y Quién es el Gran Erudito? Es el Señor Dios del universo, que ha desplegado la bóveda de los cielos sobre nosotros y ha creado las estrellas y las llamó por su nombre. Que creó una lumbrera menor, la luna, para que ilumine a nuestro mundo. Y aparecen los grandes eruditos. ¿Quiénes son? Pobres hombres finitos, puestos a prueba para determinar si serán leales y fieles a Dios y

si estarán bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emanuel; todo con el objetivo de que puedan llegar a ser hijos de Dios y herederos del cielo. Y hablando de eruditos, tenemos a Dios, tenemos su Palabra en toda su sencillez.

Jesús pudo haber revelado muchos de los misterios de la ciencia y así complacer las mentes más inquisitivas, ¿pero acaso lo hizo? Tenía un solo objetivo, e igualmente debiéramos nosotros tenerlo al seguir su ejemplo: impartir el conocimiento del Mesías de Dios a la familia humana. Enseñarles cómo pueden salvar sus almas para que puedan alcanzar esa vida que se equipara con la vida de Dios.

Salvación para los pecadores

La salvación del ser humano era todo para Jesús. Él toma al mundo de la mano y lo coloca en su lugar; él trae la eternidad, algo que ha desaparecido de nuestras mentes. Nos lleva a contemplar los portales del cielo, inundados con la gloria divina, reluciendo con la gloria del trono de Dios, y nos dice que eso es para nosotros. Nos motiva a luchar por esa herencia, que ni siquiera la pobreza puede hacer que la perdamos. Nos dice que busquemos ese reino que tiene sólidos fundamentos, la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios. Ese es el tesoro eterno; esa es la herencia inmortal. Yo también la deseo.

La anhelo, sí, y estoy dispuesta a gastar hasta lo último que tenga a fin de salvar a las almas que están pereciendo. Creo que el dinero es para invertirlo en los tesoros de Dios para que no falte alimento en su casa; para que cuando se envíen misioneros a levantar el estandarte en los lugares que no conocen a Dios, no haya una tesorería vacía. Los hombres gastan el dinero que pertenece a Dios en licor y tabaco, diez, veinte y mil veces más en comer y en beber lo que destruye el fundamento de sus hogares, lo que borra la imagen de Dios en el hombre, aquello que fomenta enfermedades y dolencias, imbecilidad y que acorta la vida. Todo para que no puedan emplear la vida que Dios les ha dado para la gloria de él. Todo el dinero es de Dios. Él ha tenido a bien en su providencia, abrir el camino delante de mí para que yo pueda obtener un poco de su dinero con el fin de depositarlos en su tesorería, para llevar la verdad a la gente que está pereciendo.

¿Qué quiere Dios que hagamos? «Nosotros somos colaboradores de Dios, y ustedes sois labranza de Dios, edificio de Dios» (1 Cor. 3: 9). Por esta razón estamos en el mundo, no para comer y beber y asistir a las carreras de caballos y emplear los días de fiestas en ociosidad y en la complacencia del yo; y si tenemos algunos centavos, subimos a los coches para ir a algún lado con la idea de pasar un buen rato. Hay almas que deben ser salvadas. Hay jóvenes que han de ser educados por nuestro precepto y ejemplo. El Señor viene. El fin de todas las cosas se acerca. Y ahora es el tiempo, mientras el fin se acerca, de que comencemos la obra a favor de la juventud. Es hora de que empecemos a hacer algo para cosechar almas para Jesucristo. Hay pobreza en nuestro alrededor, hay angustia, hay desnudos que vestir, hambrientos que alimentar. Además, están los que

tienen sed del agua de vida, y hambre del pan de salvación; necesitamos proveérselos.

Leeré algo más: «La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno [si el discernimiento de ustedes si es bueno] todo tu cuerpo estará lleno de luz» (Mat. 6: 22). Quienes fuman introducen venenos en sus cuerpos, y la naturaleza hace un esfuerzo tan grande para expulsar al intruso que casi siempre muere en el intento; si tuviéramos que hacer lo mismo para obtener la vida eterna, entonces diríamos que sería algo muy difícil de cumplir. Pero gracias a Dios que no es así.

¿Pero quién ha hecho esto? Es el diablo que desea ocupar la mente del ser humano. Desea vencer las facultades y el poder del pensamiento de ustedes, quiere provocarles enfermedades para que no disfruten de salud y para que sean esclavos de un apetito pervertido; un apetito que no tiene base en la naturaleza. Es un hábito muy difícil de vencer porque el enemigo ha tejido sus cuerdas alrededor de ustedes para atarlos a los hábitos que arruinarán tanto al cuerpo como al alma.

Nada inmundo entrará en el reino de Dios. Deseo que mediten en esto. Deseo que quienes embotan sus sentidos y su buen juicio mediante el uso de bebidas embriagantes, consideren que han vendido su voluntad al diablo y que él ha tomado posesión de ellos en cuerpo y alma. Ustedes saben lo que él hace con ellos; los rasgos de Satanás se reproducirán en las vidas de esos hombres. ¿Intentaremos salvarlos? ¿Educaremos a nuestros hijos desde su más tierna edad para que tengan dominio propio? ¿Les enseñaremos el bienaventurado y precioso nombre de Jesús? ¿Les cantaremos los cánticos celestiales? ¿Les enseñaremos a imitar las bondades de Jesucristo?

El dinero y la salud

Viajé con un ciudadano inglés mientras estábamos en Texas. En aquel tiempo mi esposo todavía estaba vivo. Estábamos trabajando en Texas, y aquel señor estaba fumando su pipa. Mi esposo le dijo: «¿Qué piensa, amigo, le dejó Cristo el ejemplo para que usted utilice esa pipa? ¿Le dio Cristo ese ejemplo a usted?».

«Oh, nunca lo había pensado desde ese punto de vista. No, no. Voy a botar esta pipa; nunca la tocaré de nuevo. ¡Pensar en el Redentor del mundo caminando por las calles y fumando una pipa, utilizando su nariz como una chimenea! No. Jamás podría hacerlo de nuevo». Daba la impresión de que había sido sacudido. Pero recuerden que fumar es un invento del diablo. ¿Para qué? Para consumir recursos de tal forma que los pobres no sean vestidos; para que los necesitados y los angustiados sufran por falta de alimento, cuidado y casa; para que el evangelio no sea llevado a todas partes del mundo.

Bien, aquí entra en juego el dinero de Dios. Cuánto mejor sería decir: Aunque veo a un hombre que malgasta su dinero en licor y fumando, derrochando lo que debería dedicar a su familia, hay hermanos que entregan sus recursos y los

colocan en la tesorería de Dios. Habrá entonces recursos para edificar templos, para establecer iglesias, para que un grupo acepte el llamado de Macedonia: «Pasa y ayúdanos». En nuestras ciudades se podrían emplear a numerosos obreros y apoyarlos en su tarea, si tan solo los hombres destruyeran el ídolo del tabaco

Algunos profesos cristianos se mantienen aferrados a sus hábitos y dicen: «No puedo vencerlos. No, no puedo». Pero mediante Jesucristo ustedes podrán vencer. Mediante los méritos de la sangre de Cristo podrán eliminar completamente ese mortífero mal que está corrompiendo a nuestra nación y a nuestra juventud. Los padres están dejando como herencia sus apetitos y pasiones a sus hijos; así serán más débiles en poder moral y no podrán resistir la influencia contaminadora que existe en este mundo.

¿Qué cuentas tendrán que dar los padres en el juicio? ¿Qué cuentas rendirán por el hábito de beber alcohol? ¿Qué cuentas darán por usar tabaco, por el dinero consumido en disminuir el poder físico, mental y moral que pertenece a Dios? Todo esto ha sido comprado con un precio infinito, el precio del Hijo de Dios. No reconocen la necesidad de enviar la luz a aquellos que están en tinieblas porque el interés de ustedes no está dedicado a glorificar a Dios. Todo el cuerpo está lleno de tinieblas y lo tratan como a un esclavo, un esclavo que cede al gusto y al apetito de lo malsano e insalubre, y que está destruyendo su vitalidad.

«Pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?». Si no están observando la verdad de la Palabra de Dios por encima de todo lo que hay en este mundo, y si no están invirtiendo los talentos que él les ha dado, entréguelos a los banqueros. Permitan que ustedes irradian luz. El Maestro les pedirá cuenta, y todos ustedes están cubiertos de tinieblas. Gastan en asuntos personales los recursos que deberían ser entregados a la tesorería de Dios. Han de mantener esa nobleza de carácter comprada por Dios, que está a la vista de Dios, y que está escrita en los libros del cielo, como personas que vencerán todo hábito pernicioso y toda práctica nociva. Entonces, Dios dice: «¡Cuán grandes son estas tinieblas!».

El tabaco: un hábito nocivo

Nadie puede servir a dos señores. Si el tabaco es el amo de ustedes, si han sometido todas sus fuerzas al control de un hábito nocivo, entonces este será su señor, y ustedes, sus esclavos. ¿Cómo podrán servir al tabaco y a Dios, soltando una humareda antes de acudir a la reunión de oración? Estarán tan confundidos que no sabrán ni qué pensar. ¿Por qué? Porque el estímulo del tabaco y el del Espíritu Santo de Dios jamás podrán combinarse para impartirle un significado espiritual a la reunión de oración. Es necesario que ustedes den un testimonio claro respecto a las verdades del cielo que Dios desea que ustedes den.

«Ustedes son mis testigos», dice Dios. Él desea que representemos a Cristo por precepto y por ejemplo en nuestro mundo. Cristo representó al Padre, y dejó en nuestras manos la obra de ayudar a los necesitados y a los afligidos, para que podamos participar de la bendición de aliviar las necesidades de la humanidad sufriente. Pero si la utilizamos desacertada e imprudentemente, el Señor dirá: «Siervo malo y negligente, ¿por qué no tomaste mi talento, por qué no lo diste a los banqueros? ¿Por qué no usaste mi don a fin de duplicarlo para mi servicio?». Dios desea que ganemos almas para él, ¿y entonces qué? Ustedes han de empezar a trabajar con el talento que Dios les ha prestado, y luego usar cada don disponible para la alabanza del cielo.

Un brazo poderoso para salvar

¡Oh, estoy tan agradecida de mi Salvador! Estoy muy agradecida porque sirvo a Alguien que es grande en poder, que me ayudará en toda emergencia. Él nos dice: «Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo». Pues bien, si tenemos a Cristo a nuestro lado para ayudarnos, ¿cuánto puede él ayudar a quien se dedica a fumar su pipa al punto de que no puede pensar en nada más? Que Dios nos ayude a limpiar el templo del alma de sus impurezas. Que Dios nos ayude para que podamos darle una ofrenda desprovista de toda mancha física, mental o moral. Pues, «ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podrán servir a Dios y a las riquezas». Como ven, el problema ha sido sopesado por Dios, y el resultado es que él requiere todo de nosotros.

Cuando el intérprete de la ley realizó aquella pregunta tan concreta, Cristo no dejó de responderle. ¿Qué le dijo?: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente?». Luego añadió: «Y a tu prójimo como a ti mismo». Aquí aparecen los primeros cuatro mandamientos que revelan el deber del hombre hacia Dios. Debe rendirle adoración suprema a Dios. Luego, debe amar a su prójimo como a sí mismo. ¿Quién observa los mandamientos? ¿Quién los guarda? ¡Ojalá que Dios nos ayude a reconocer cuántos de nosotros somos transgresores de los mandamientos, y estamos robando a Dios los dones, los preciosos dones que él nos ha dado!

Jesús vino a conceder poder moral al ser humano a fin de que pueda vencer cada pecado, a fin de fuera vencedor mediante el mismo Cristo. El hombre no puede hacerlo por sí mismo, pero Jesús proporciona el poder moral para combinarlo con el esfuerzo humano. Así el hombre podrá obtener la victoria al estar en un posición ventajosa en unión con Dios. Que Dios nos ayude para que poseamos esa gracia y poder divinos, y seamos partícipes de la naturaleza divina, para que vencamos la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones.

«Por tanto os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?» (Mat. 6: 25). ¿No deberíamos educar y enseñar a nuestros hijos a conservar su salud, manteniéndose con una

mente sana en un cuerpo sano? ¿No es la salud de mayor importancia que el placer de los adornos personales, o la satisfacción de alguna variedad de comida? ¿No es más importante que platos sin fin para la mesa, con especias, encurtidos, condimentos, vino, cerveza y postres? Deseo saber, ¿en verdad necesitamos estas cosas?

La cocinera no tiene tiempo para leer su Biblia. Ustedes dicen: Yo contrato una cocinera. ¿Acaso no tiene ella un alma como ustedes? Un alma que salvar, y es deber de ustedes educarla y enseñarla a buscar a Dios en la mañana y en la noche, y a vivir de tal manera que pueda tener la oportunidad de leer su Biblia. La gente le roba a Dios el tiempo que debía dedicar a su servicio debido a las rebuscadas comidas para satisfacer el apetito, el gusto y las pasiones; así como por los afanes de sus vidas. No tienen tiempo de visitar a sus vecinos para enseñarles la forma en que pueden amar a Jesús y cómo él los ama a ellos.

Puestos a prueba

Somos puestos a prueba a fin de saber si nos preparamos para entrar en los atrios celestiales, para ver si Dios puede honrarnos al hacernos parte de la familia celestial en el reino de gloria. Para esto vivimos en el mundo. Si somos tan egoístas que no nos interesamos los unos por los otros en enseñarnos a obedecer y bendecirnos mutuamente con todo lo bueno que Dios nos ha otorgado en esta vida, ¿cómo manifestaremos el altruismo en el reino de gloria? ¿Cómo lo haremos? Estaremos deseosos de arrebatarse la corona de la cabeza de alguien, porque es más brillante que la nuestra. El otro santo se sentiría celoso, y pasaríamos un rato tan malo como cuando Satanás inició su rebelión contra Dios en el cielo.

Por tanto, Dios le ha otorgado al hombre un período de prueba, y nosotros podremos desarrollar nuestros caracteres de la misma forma en que un artista trabaja sobre una plancha bruñida. Así como el pintor plasma los rasgos de alguien al pintarle un retrato, el Dios del cielo está modelando el carácter de cada alma humana. Ese carácter ascenderá al cielo, y será asentado allí en el libro donde se registran los rasgos de carácter que manifestamos. Si mostramos los atributos de Satanás, ese será un carácter que no tendrá un lugar en los atrios celestiales.

Pues entonces, ¿cómo hemos de emplear nuestro tiempo aquí como peregrinos y extranjeros? Ustedes tienen un hogar. Agradézcanle a Dios por ello. Hay muchos que no tienen ninguno. Hagan de ese hogar algo tan placentero y agradable como puedan, sin llegar a lo extravagante. Utilizando pocas cosas podrán hacerlo todo muy agradable y de muy buen gusto. Al ejercer el buen gusto ustedes pueden disfrutar de un hogar hermoso. ¿Se sentarán entonces a disfrutarlo? Hay jóvenes que no tienen un hogar. Hay huérfanos sin padre ni madre, sin un hogar. Aquí tenemos de nuevo el caso de las carreras de caballos, de los días de fiesta, y de los adictos al tabaco. El mundo está lleno de excitación e influencias corruptoras que hacen que la gente actúe como los habitantes de la tierra antes del diluvio. A

ellos Dios los destruyó mediante el agua, y a los de Sodoma con el fuego que descendió del cielo y los consumió.

Ahora bien, hay una tarea para todos. Dios pide los talentos que nos ha prestado, y desea que ustedes hagan algo diferente, en lugar de dedicar dinero y tiempo para adquirir vestidos, adornos y casas costosas para mostrarlos a sus visitas. Los visitantes entran y ustedes les enseñan cuantos detalles hay para llamar su atención. Ustedes son profesos cristianos, pero nunca hablan de Jesús, y Dios les pregunta: «¿Qué vieron en tu casa?».

La disciplina en la familia

¿Los vio a ustedes impartiendo la luz y el conocimiento de él? ¿Los observó criando a sus hijos en la disciplina y el temor del Señor? ¿Los encontró preparando a esos pequeñitos para la corona de gloria inmortal? ¿Colocarán ustedes las manos de ellos en las manos de Jesucristo? ¿Los educarán para que alcancen la norma del mundo, para que hagan como el mundo hace, para que practiquen las costumbres y sigan las modas de esta época degenerada? ¿Modas que siempre están cambiando, y que siempre están engullendo dinero, dinero y más dinero? Los pobres carecen de comida y hay jóvenes a quienes ustedes podrían educar e instruir.

Nuestras casas deberían ser hogares agradables para nuestros hijos. Quiten las cortinas que ocultan la luz del sol y el aire puro del cielo, colocadas para que no se dañen los hermosos cuadros y las alfombras. Dejen que los muebles se dañen. ¿No es mejor dejar que los ajueres de la casa se deterioren, que permitir a los niños obtener una educación callejera adquiriendo los apetitos y pasiones de esta época degenerada? ¿Cosas que manchan el alma y que pueden producir una cicatriz que nunca podrá ser borrada?

Aquí están los seres humanos. Las probabilidades y las posibilidades están al alcance de ellos para que desarrollen un carácter para la vida futura e inmortal, de manera que el Señor pueda decir: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor» (Mat. 25: 21). ¿Oh, no sonará eso en nuestros oídos como la música más dulce? «Porque tuve hambre y me dieron de comer; enfermo y me visitaron; desnudo y me vistieron».

Jesús moraba en sus corazones y mentes. Estaban sirviéndole con tanta dedicación que no tenían idea de que estaban logrando algo maravilloso. No sabían lo que habían hecho. «En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis». Deseo que los devotos al tabaco calculen cada semana cuánto dedican a su ídolo, el tabaco. Deseo que los bebedores de licor calculen lo que gastan en vino, coñac y bebidas alcohólicas, y luego consideren la suma que podrían estar dedicando a lo que Dios ha comprado.

Jesús dio su vida para que muchas preciosas almas puedan tener la vida eterna. «Somos colaboradores de Dios». ¿Qué sacrificios harán ustedes? ¿Qué

abnegación mostrarán? Podrá significar una abnegación temporal, pero al fin será la mayor bendición para el alma, el cuerpo y el espíritu que ustedes podrán experimentar. Estamos en deuda con la humanidad. Si poseemos la vida eterna estaremos comprometidos con Dios para mostrar nuestro aprecio por el sacrificio que Cristo ha hecho. Eso equivale a comprar el cielo, a fin de que podamos glorificar su nombre sobre la tierra y ganar almas para la cruz del Calvario, para enseñarlas a entregar sus corazones a Jesucristo; para que representemos a Jesucristo como él representó el amor del Padre. Esta es nuestra tarea en el mundo.

No estamos aquí para agradarnos a nosotros mismos. Para que luego no le digamos a nuestras familias y a nuestros hijos, lo mismo que he escuchado decir a muchas madres: «No hay sitio para ustedes aquí en la sala. No se sienten en ese sofá que está cubierto con una tela especial. No quiero que se sienten en ese sofá». Y cuando van a otra habitación: «No queremos oír aquí el ruido que ustedes hacen». Si van a la cocina la cocinera les dice: «No quiero que me molesten. Salgan de aquí con su alboroto; me importunan y me molestan». ¿Adónde irán a recibir su educación? Obviamente a la calle.

Padres y madres, tienen una tremenda responsabilidad ante ustedes. ¿Dónde se formaron los borrachos? En sus hogares. Son un fruto del descuido en enseñarles a los hijos los mandamientos de Dios cuando se levantan, cuando se sientan, cuando salen y cuando entran.

La ley y el juicio

¿Cuáles son los mandamientos de Dios? Son diez preceptos santos, una ley regia. La santa ley de Dios es la norma de carácter que cada alma tendrá que enfrentar en el juicio, a pesar de que desde los púlpitos de esta época algunos proclaman que Dios no tiene una ley. ¿Quién lo cree?

Cada nación tiene una ley. El Dios del cielo nos ha dado su ley para representar su carácter y esta permanece vigente. No hay un solo precepto que haya sido eliminado. Permanecen inmutables y eternos. «La ley de Jehová es perfecta: convierte el alma». ¿Por qué querría alguien cambiar algo perfecto? No se puede ir más allá de la perfección. La ley del Señor es para que la respetemos, la reverenciamos y la obedezcamos.

Si los habitantes del mundo hubieran obedecido la ley de Dios en vez de escuchar reiteradamente desde los pulpitos que Dios no tiene una ley, que Dios no tiene mandamientos; si los padres educaran a sus hijos como Cristo, quien desde la nube instruyó a Moisés para que diera instrucciones a Israel; si lo hicieran, no escucharíamos de hurtos, de robos, de asesinatos y nuestras cárceles no estarían llenas. Las prisiones están llenas de criminales a causa de los delitos y la maldad atemorizantes que prevalecen en nuestro mundo. Ahora bien, digamos: amemos a Dios y guardemos sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre.

Vestiduras de justicia

Bien, leeré algo más. Deseo analizar otros puntos, pero tendremos que dejarlos para otro momento. Permítanme decirle algunas palabras más y finalizaré. «¿Y quién de ustedes podrá, por mucho que se angustie, añadir a su estatura un codo?». Es como si Dios que los ha colocado a ustedes en este mundo no pudiera conducirlos a través de la vida. Si somos diligentes, si somos pacientes, si tratamos, si hacemos lo que es correcto y si somos colaboradores con Dios; entonces él nos dice: «¿Y quién de ustedes podrá, por mucho que se angustie, añadir a su estatura un codo?». Dios obra a nuestro favor en todo momento. Dios mismo está cuidándonos. «Y por el vestido, ¿por qué os angustiáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria (no podía compararse con uno de estos) se vistió como uno de ellos”.

Él había estado hablando del vestido. Ahora bien, es Dios quien coloca los matices y añade color a todas las cosas, ¿no podrá proveer para ustedes una vestimenta adecuada, cómoda, pulcra y abrigadora? No necesitamos ser extravagante. Hay otras formas de vestirnos además de esa. Él dice: «Salomón con toda su gloria no se vistió como uno de ellos. Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?». Pues bien, ¿por qué no confiar en aquel que formó los hermosos lirios del campo?

En Estados Unidos tenemos lirios de agua dulce. Estos hermosos lirios crecen puros, impecables, perfectos, sin una sola mancha. Crecen a través de un montón de desechos. Le dije a mi hijo: «Deseo que trates de cortar aquel lirio tan cerca de la raíz como sea posible. Deseo que entiendas algo respecto a él”.

Sacó un puñado de lirios y los contemplé. Tenían tallos huecos, y sus tallos se nutrían de las arenas del fondo. Crecían como lirios puros e impecables. Rechazaban toda la suciedad, toda cosa desagradable, pero allí estaban mostrando su pureza.

Pues bien, esa es exactamente la forma en que debemos educar a nuestra juventud. Que sus mentes y corazones conozcan quién es Dios, quién es Jesucristo y el sacrificio que ha hecho en nuestro favor. Que obtengan la pureza, la virtud, la gracia, la cortesía, el amor y la paciencia. Que la extraigan de la Fuente de todo poder.

Los tesoros del cielo

Cuando Dios entregó a Jesús, nos dio todas las riquezas y tesoros del cielo en un solo don. Y nos dice: «Compartan esas riquezas con todos los que las necesiten. Por tanto, acudamos a él y expresemos nuestras peticiones. Pidan y recibirán. Enseñen a sus hijos a orar desde su más tierno infancia. Enséñenlos a elevar sus vocecitas a Dios en oración. Él es su Hacedor; es el que puede hacer felices sus

corazones; es quien puede darles contentamiento; es quien puede darles virtud. Puede cambiar, incluso, las tendencias que les han sido transmitidas por padres imprudentes.

Que Dios nos ayude a sentir el peso de nuestra responsabilidad. Consideren a los jóvenes. Si no tienen hijos, adopten alguno. Tuve mis propios hijos, pero no me detuve allí. Aunque viajaba por casi todo el mundo, reuní en mi casa a varios niños. «Tengo una casa», me dije, «y los niños vendrán y la disfrutarán». Adopté a varios niños y crié a algunos de ellos hasta que fueron mujeres y hombres. Dios me ha ayudado en esta obra. Siempre traté de obtener la victoria al lidiar con ellos una vez que abandonaban la testarudez de su temperamento. No los golpeaba, sino que intenté un mejor plan: ganar su confianza. Luego pude hacer muchas cosas con ellos. Dios me ha ayudado en esta obra. Ninguno de los que he recibido para instruirlos y educarlos ha dado motivos para que lo lamente. Han entregado sus corazones a Jesús, y hemos tratado de señalarles al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Amo a Jesús. Amo a aquellos que se amoldan a la imagen del Señor y deseo hacer todo lo que está en mi poder para ayudarlos. El próximo mes cumpliré 67 cumpleaños, y todavía espero publicar muchos más libros. Espero dar mi testimonio en otros países además de este. Dios mediante, trataré de que brille la luz para que otros puedan entrar por la puerta estrecha y disfrutar la vida eterna. Que Dios nos permita ayudar a nuestros hijos y ayudar a nuestros vecinos. Que Dios nos ayude en la iglesia para que brille más luz cerca y lejos, con el fin de que vayamos por los senderos y los caminos, y que le señalemos a las almas [el camino para ir a] Jesucristo, enseñándoles cómo pueden creer en Dios. Para que obtengan su justicia imputada, aceptando a Jesucristo como su Salvador personal.

También les diría a todos ustedes: Si les he presentado en esta breve disertación alguna idea que pueda influir sobre ustedes me sentiré satisfecha. Si los he ayudado a dirigir sus miradas a Jesucristo, lo alabaré a él por eso. Necesitan enseñar a sus hijos a alabar a Dios. Necesitan educarlos para que traigan sus pequeñas ofrendas a Dios. Necesitan educarlos para que ellos no se conviertan en el centro de atención, y para que los padres no los colmen de regalos. La causa de Dios requiere dinero. La causa de Dios requiere recursos para que ustedes puedan llevar la luz a regiones lejanas. Y entonces les ruego, por amor a Cristo, que colaboren con la tesorería con el fin de que Dios tenga alimentos en su casa.